

Henry Ford predijo el futuro

En la publicación Liberty, de Nueva York, se publicaron en abril de 1934 unas declaraciones de Henry Ford que tenían un auténtico interés. El célebre hombre de negocios, que se distinguió precisamente por su visión original y realista de los problemas, predijo un futuro que, al cabo de veinticuatro años, margen suficientemente amplio para confrontar resultados, se parece muy poco a la realidad actual.

En cualquier caso, es hoy interesante leer estas opiniones de una mente preclara de esta época que pueden dar lugar, cuando menos, a saludables meditaciones.

No hace mucho tiempo aún los hombres de negocios trataban de calcular hasta qué punto podía crecer una empresa y continuar siendo administrada debidamente. *El problema radicada en la administración.* Puede resolverse en esta forma: contrólense los planes y las características, y lo demás es fácil.

Ahora bien: este principio, establecido en pro de fábricas cada vez mayores, es el mismo, exactamente, que permite la descentralización de las grandes industrias y su conversión en un gran número de otras pequeñas. Mas debo añadir esta precaución: no podemos confiar a la tendencia de la época la realización de este movimiento. Tenemos que trabajar para ello. Debemos guiarlo con nuestra experiencia. El trabajo de descentralización requiere un estudio y un planeamiento tan cuidadosos y completos como los que fueron necesarios para edificar nuestro sistema industrial centralizado.

Se requerirá paciencia, experiencia y buena voluntad para realizar la obra adecuada. *El factor "ganancia" no es suficiente. Debe incluirse el factor humano.* Edificar una vida equilibrada para el pueblo es tarea superior a la de edificar un sistema industrial; pero se necesita primero construir el sistema para poder edificar la vida. Creo que nuestros mejores sociólogos salen de nuestras mejores industrias. Es verdad que, con su industria centralizada, los Estados Unidos han tocado su punto más alto de libertad y gozado de su más elevado nivel de vida. Sin embargo, ésta no es una razón para que, en nuestro mundo siempre en evolución y marcha hacia adelante, perdamos todas las ventajas antiguas al conquistar otras nuevas. El campo y la pequeña ciudad ofrecen, indudablemente, mejores sitios para disfrutar de un alto nivel de vida que la ciudad, demasiado poblada. *La gente que ha aprendido a vivir en la ciudad puede hacer mucho en favor del mejoramiento del campo.*

Después de todo, los Estados Unidos están compuestos de millares de comunidades pequeñas. Si la mayor parte de éstas se convirtieran en centros de esfuerzos creadores y de conquista, no tendríamos por qué preocuparnos por el futuro. Simultáneamente con la prosperidad material, se desarrollarían las mejoras sociales y morales. Hemos dado siempre demasiada importancia al dinero descuidando la atención debida a la forma sana y honesta de vivir. Hemos llegado casi a perder, de un modo peligroso, el valor y la fe. Nada contribuye tanto a la apreciación de los valores reales como la vida provechosa en el campo o en las pequeñas comunidades. Son los mejores puntos para formar un hogar. *Conforme la industria vaya descentralizándose, las utilidades se irán repartiendo más y más, de manera que todos puedan disfrutar de las cosas buenas que la vida ofrece.* La industria descentralizada ofrece muchas compensaciones. Del reconocimiento de éstas resultará su adopción general. No hace falta mucha fantasía para imaginar los beneficios de la descentralización.

La vida se hará más sencilla, menos costosa y, por tanto, más agradable, pues perderá su actual ansiedad inútil. Sus recompensas serán más satisfactorias, porque serán más justas. Las cosas se harán más sosegada y sistemáticamente. La vida se deslizará con regularidad confortable y alegre. Los períodos de actividad y descanso serán cuidados y preparados con la misma facilidad con que nos disponemos a esperar el día o la noche. Habrá tiempo de sobra para todo, inclusive para los entretenimientos que sirven para mantener los afectos. No comprendería que se gravaran con exceso las tierras y los equipos, pues tal política sería consecuencia de una visión estrecha. Los estados agrícolas rehabilitarían su industria básica estudiando los requerimientos justos en materia de contribuciones rurales. Y quizá los hogares de los trabajadores quedarían exentos de contribuciones, serían gravados sólo nominalmente, porque los hogares, que no son más que eso, no deberían pagar contribución.

Ahora más que nunca se hace patente el hecho de que, cualesquiera que sean los ciclos de actividad y calma que nos aguarden, podemos esperarlos confiadamente si establecemos el equilibrio adecuado entre la agricultura y la industria. No suprimo tales alternativas, como algunos economistas pretenden hacerlo. Las cosas tienen su pulso y su ritmo: actividad y descanso; apogeo y descenso. Lo que no admito es que esos períodos signifiquen forzosamente buenos o malos tiempos. Estoy persuadido de que los períodos de inactividad pueden transformarse en épocas muy buenas. Todo depende de que sepamos utilizarlos en forma adecuada y de que nos preparemos para ellos como nos preparamos para aprovechar el domingo o para disfrutar de nuestras vacaciones veraniegas.

Para poder visualizar una perspectiva real, debemos darnos cuenta de que la agricultura es una actividad básica. Los trabajos del campo son naturales, mientras que algunos otros factores de nuestro sistema de precios no lo son. Hemos venido tratando de situar la agricultura dentro de un molde financiero artificioso, en vez de conformar nuestros sistemas monetarios con los moldes de la Naturaleza. A la larga, lo natural tiene que triunfar. El ser vivo destruye cuanto trata de limitarlo.

Si estoy tan interesado en la adecuada coordinación de la agricultura y la industria, es precisamente porque ambas son cosas naturales. Se corresponden. Se complementan. Casi todos podemos acordarnos de los tiempos en que cada hacendado tenía su taller y cada institución citadina su jardín.

Lo mismo que tenemos dos pies y dos manos, debiéramos tener, también, dos formas seguras de ganarnos la vida. La agricultura y la industria se complementan como las manos y los pies. ¿Cómo van a juntarse la hacienda y el taller? *La fábrica va a trasladarse al campo.* Esto se llama la descentralización de la industria, y significa la manufactura distribuida en un vasto número de pequeñas fábricas en todo el país, en vez de las fábricas centralizadas e inmensas. Significa el desarrollo de la industria rural, en oposición a la fabricación en las ciudades congestionadas de gente. Significa un beneficio para todos. Podemos realizarlo ahora, porque hemos aprendido ya la lección de la producción citadina en serie. Tal período no fué un error; pero sí sería un error prolongarlo. Podemos aprovechar lo que hemos aprendido en los grandes centros industriales, y aplicarlo al mejoramiento de la vida. La transformación de las gigantescas urbes industriales en pequeñas fábricas se realiza casi automáticamente si concurren determinadas condiciones. Este fenómeno libra a la sociedad de los repartos por medio de leyes y de la falta de trabajo, y proporciona mayor estabilidad al poder adquisitivo de los trabajadores. Es obvio que una transición de tal magnitud no puede llevarse a cabo de la noche a la mañana.

Sin embargo, está ya a la vista, y la experiencia adquirida durante los últimos cuatro años la apresurará. Puede concebirse que la mayor parte de los procesos de manufactura en la compañía Ford se descentralicen y dividan en muchos millares de pequeños grupos. Hay en la actualidad cinco mil trescientos abastecedores que trabajan para esa fábrica, y este número podría aumentarse diez veces más instalando pequeñas fábricas rurales.

Debemos reconocer, después de todo, que la tierra es la base de nuestra seguridad nacional. El país se ha formado de la tierra y sus habitantes. Se complementan. De la misma manera debemos considerar la tierra en relación con la máquina: ambas han trabajado dirigidas por los mismos cerebros, y manejadas conjuntamente producirán un equilibrio y una estabilización que todavía no estamos en condiciones de apreciar plenamente. Cada obrero tendrá dos riendas en la mano: una para producir los artículos necesarios para su vida en siembra; otra para manufacturar gananciosamente sus productos. Su poder adquisitivo aumentará hasta un punto no soñado siquiera.

Nuestra existencia se ha desarrollado hasta ahora en forma primitiva si la comparamos con la vida que nos reserva el futuro. Debemos enfrentarnos a la necesidad de hacer algunos cambios sencillos. Hemos supuesto, falsamente, que vivíamos en una sociedad perfecta y acabada. Nada está acabado todavía; por el contrario, todo espera su realización. Jamás ha habido más trabajo por ejecutar que ahora. La prueba de la falsedad del actual sistema económico que nos gobierna está en que no ha servido más que para separar a los trabajadores del trabajo. Y no hay que pasar por alto el hecho de que este sistema falso se inicia en el divorcio de los hombres y la tierra. Volveremos a vivir cuando volvamos a producir, porque la producción es la base de la circulación, y la circulación es la vida. Los que se creían seguros porque tenían dinero han acabado por convencerse de que el dinero que no produce tiene tanto valor como las hojas secas. El dinero no es más que un medio de intercambio. *Nuestros padecimientos provienen de que pensamos en términos de dinero y no de trabajo y productos.* Un nuevo mundo aparecerá ante nuestros ojos cuando dejemos de adorar el dinero y pensemos en términos de servicio honrado e inteligente en beneficio de nuestros semejantes. Sólo así podrá llegarse a la hermandad universal.